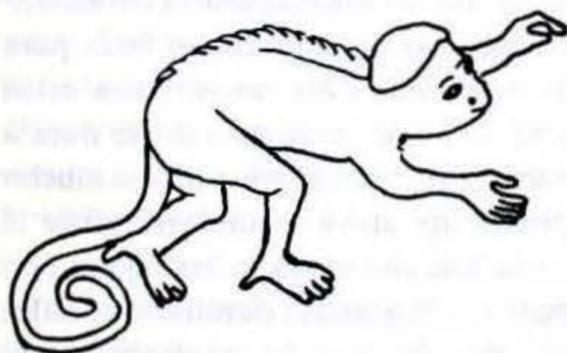


más destacadas que contiene: planos generales de las salas, primeros planos de las obras y el texto es referencia muy precisa en la mayoría de los casos del porqué existe como museo, quién lo fundó, qué contiene y en el caso de los de arte colonial, del oro, de antropología, de la Casa del Marqués de San Jorge, del Nacional textos explicativos referentes a tópicos contenidos en los mismos, localización de culturas indígenas, períodos, sistemas de clasificación, etc. Da el libro la idea de un audiovisual y para quien conoce los museos referencia exacta del recorrido sin ser una guía. Hay al final un plano de la ciudad en el que están localizados los treinta y cuatro museos que menciona el libro, quince de los cuales se hallan en un perímetro de 20 cuadras en el centro de Bogotá.

Villegas editores hace un sobrio diseño en el que resalta cada foto como foto, el texto respira amablemente, el tipo de letra se deja leer; son localizables fácilmente los créditos de los fotógrafos; hay referencia de dónde quedan los museos. Es un libro que como documento del crecimiento loco de estos pueblos vale la pena conservar, ya que como se planteó antes los museos son una muestra precisa del crecimiento de nuestras ciudades.



En la página 87 —Museo Iglesia de Santa Clara—, aparece “situada en 1947 —mil novecientos cuarenta y siete— la fecha de la inauguración oficial del conjunto conventual de Santa Clara...”; que “... en 7 de henero (sic) de 1629 se tomó posesión (sic) del convento...” luego firmada en septiembre 5 de 1635 aparece carta de la abadesa fundadora Damiana de San Francisco en que demanda “quatro pares de casas de algunos vezinos particulares...” (sic) y que son finalmente negociadas hacia 1637 e incorporadas al conjunto conventual. “...puesto que ya habíamos

expuesto atrás las dudas razonables que tenemos sobre la fecha de inauguración del conjunto conventual, usualmente situada a principios del año de 1629. Aún si nos estableciéramos en 1630 o principios de 1631 tampoco podríamos fijar un año específico del arranque de la obra...”.

Muerta la fundadora en 1639, firmada el 12 de febrero de 1863 por María Carbeleona de las Mercedes Presidente, la carta en que describe al arzobispo Herrán la manera en que fueron desalojadas entre los días 6 y 7 de febrero de ese mismo año; y repasando que el edificio fue demolido en el año de 1912 y se instaló en la nueva construcción, diseño del arquitecto Arturo Jaramillo, la Imprenta Nacional, que ya antes funcionaba en el “vetusto caserón actual”; queda más que claro el error cometido con respecto a la fecha de “inauguración oficial del conjunto conventual de Santa Clara...”.

En cartas del presidente de la Academia Colombiana de Historia señala éste además dos errores en los que se nota comprometido directamete; se refieren ambos a su omisión por parte de Enrique Pulecio Mariño, como gestor y fundador del Museo de Arte Colonial en el que funcionaron las oficinas del ministerio que el presidía durante el gobierno del doctor Santos y que fue abierto el 6 de agosto de 1942; y su gestión con el entonces presidente: “Tocó a Alberto Lleras Camargo ocupar la Presidencia en el último año correspondiente a Alfonso López. Alberto me llamó al mismo ministerio. Acepte. —¿Cómo no aceptar?— pero le dije: Me dejas sacar los presos del Panóptico y convetir la cárcel en Museo Nacional”.

Relata el resto de la carta cómo se deshicieron las celdas para dar paso a las salas; cómo incitó a Luis Duque para que trasladara ahí lo que fue la base del Museo de Antropología y que estaba en una oficina de la Biblioteca Nacional. Cómo quitó Laureano Gómez del vestíbulo el busto que de nuevo está ahí del General Santander y la piedra que hoy se halla enterrada en la huerta en la que estaban los nombres del doctor Lleras Camargo, Presidente y el de Germán Arciniegas, Ministro de Educación, durante

cuyo mandato se abre el Museo, el 6 de agosto de 1946.

Dice Arciniegas: “La omisión de este hecho la tomó como una invitación para que borre dos años de mi hoja de vida. No sé si sea justo pedirle esto a quien va para los noventa. Pero no está bien que semejante propuesta se formalice en una obra editorial de la Alcaldía a su digno cargo”.

Cierra la segunda de sus cartas con una invitación a Enrique Pulecio Mariño y al señor Alcalde Mayor, para que a través de Jorge Rojas o Carlos Martín, colaboradores suyos, adquieran mayor información. “Para mí es fastidioso por lo incómodo que me siento trajinando estos recuerdos en primera persona”.

Salvo estos pequeños errores —y que en proporción a los datos del libro son mínimos— “Museos de Bogotá” es un libro rico en información escrita y gráfica y esto lo convierte en una buena síntesis de la museografía bogotana.

ENRIQUE GÓMEZ

Germán Colmenares: una memoria personal*

Conocí a Germán Colmenares en una época que ya parece inverosímil: en 1957, en una breve visita a Bogotá, tropecé en las oficinas de un periódico estudiantil que dirigía Fernando Cepeda Ulloa con un bogotano de 19 años, de atuendo rosarista, que discutía con ironía y dominio precoz acerca de Ortega y Gasset, Max Scheler o Weber. Luego, cuando empecé filosofía en la Universidad Nacional, lo reconocí —estaba en último año— y desde entonces fuimos amigos y colegas en muchos proyectos: aprendí a apreciar su intransigencia moral e intelectual, su lealtad con sus amigos, su desdén a

* Tomado de la Prensa, 28 de marzo de 1990.

veces agresivo de la mediocridad, su sorprendente capacidad de trabajo, su capacidad para ver nuevos problemas y plantear nuevas preguntas, y aprendí a ver con distancia ciertos rasgos de su carácter que a veces lo separaban de sus colegas, como su ocasional pedantería, su despliegue de erudición, la vanidad por sus éxitos intelectuales o el reconocimiento internacional y hasta su orgullo por no ser miembro de la Academia Colombiana de Historia.

En 1961 sacamos una revista mensual, *Esquemas*, con la colaboración de Rubén Sierra Mejía y Rubén Jaramillo, en la que, junto con sus artículos sobre el siglo XIX o Maquiavelo se publicaron textos de Lukacs, Goldmann y las que probablemente fueron las primeras traducciones al español de Herbert Marcuse, hechas por otro de los amigos de entonces, Nicolás Suescún. Eran años de intensa aventura intelectual y de una discreta bohemia: trasnochaba a veces, pero menos que nosotros, en los cafés de la carrera séptima, El Cisne o El Excelsior, en largas discusiones con Suescún, Carlos J. María o sus colegas de la revista.

Su precocidad seguía siendo asombrosa, así como su forma ordenada y obsesiva de trabajar. En ese año de *Esquemas*, mientras terminaba filosofía y derecho, escribió su tesis para el Colegio del Rosario, publicada con el nombre de *Partidos Políticos y Clases Sociales*. Era un trabajo sorprendente para un autor de 22 años. Ortega y Gasset había quedado atrás, aunque quizás dejó cierta influencia en su estilo, que nunca se amoldó a la exigencia de frases cortas de los editores modernos y trataba de conservar la complejidad de una idea en la estructura amplia de la frase. Sus libros de cabecera eran ya obras de historiadores y su inspiración teórica provino en buena parte de *Historia y Conciencia de Clase*, la clásica obra de Luckas que acababan de publicar en Francia.

Las lecturas de autores marxistas, que influyeron muy selectiva y críticamente en su trabajo, no alteraron un rasgo central de su actividad intelectual: su desprecio por la actividad política nacional. En primer lugar

por los partidos tradicionales, en los que veía una simple farsa mercenaria. Pero también por los radicalismos de izquierda, estimulados en su opinión por rebeldías adolescentes, sin solidez ni realismo. Sólo lo atraía la respetabilidad moral y la dignidad de algunos pocos políticos de izquierda, como Gerardo Molina o Diego Montaña Cuéllar. En su vida firmó pocas adhesiones a proyectos políticos: creo que la única excepción fue su respaldo, en 1982, a la candidatura presidencial de Socorro Ramírez.



Su verdadero campo de acción fue académico: escritor y maestro. En la Universidad Nacional había estudiado con Jaime Jaramillo Uribe, quien introducía a sus estudiantes a la obra de Fernand Braudel y del grupo de *Annales*. En 1964, roto su primer matrimonio, que nos había hecho con cuñados —lo mismo que a Estanislao Zuleta, quien también acaba de abandonarnos— fue a París a estudiar historia, y luego viajó a Chile, donde hizo una maestría en un ambiente muy influido por los franceses. Regresó a Colombia en 1967, y trabajó en la Universidad de los Andes, donde el rector Francisco Pizano de Brigard dio un amplio respaldo a un proyecto de investigación y docencia en el que colaboraron también Margarita González y Darío Fajardo. Publicaron documentos sobre historia del trabajo y una serie de monografías sobre población indígena que cambiaron nuestra imagen de la catástrofe demográfica que siguió a la conquista española. Estos trabajos le dieron un temprano prestigio internacional. Woodrow Borah, el gran gurú de la historia latinoamericana de

la Universidad de California, dedicó casi un libro completo a discutir sus planteamientos, y Fernand Braudel le abrió el camino para un regreso a París, acompañado por su esposa Marina Jiménez, donde hizo, en el inverosímil tiempo de un año y medio, un doctorado, con una tesis publicada luego como *Historia Social y Económica de Colombia*.

Volvió a Colombia en 1971, pero los Andes no quiso volverlo a nombrar: había respaldado, con Eduardo Camacho Guizado y otros académicos, una especie de sindicato profesoral. Se fue entonces a la Universidad del Valle, como Decano de Humanidades, y allí se quedó casi veinte años. En los últimos años quería volver a Bogotá, y trató de vincularse a la Universidad Nacional, pero un absurdo estatuto docente lo clasificaba por debajo de colegas cuya obra, al lado de la suya, era insignificante. Fue la Universidad de los Andes la que lo nombró, hace apenas tres meses, Decano de Ciencias Sociales y Humanidades, cargo que aceptó entusiasmado pero no pudo nunca disfrutar.

En el Valle su trabajo fue también sorprendente. A veces parecía que publicaba un libro anual: tras diez meses de transcribir sus documentos en unas fichas bien ordenadas, en dos meses redactaba doscientas o trescientas páginas, que quedaban listas para la imprenta. Casi no revisaba estos textos, y por supuesto esto se nota a veces. Tampoco se preocupaba mucho por la literatura secundaria sobre el tema que iba a tratar: trabajaba con base en los grandes científicos sociales del mundo, que lo inspiraban y lo atraían, y una abundante documentación, que a veces imponía la estructura a la obra. Casi nunca utilizó asistentes ni pidió financiación para sus investigaciones: una que tuvo de Colciencias la devolvió, pues los auditores no le permitían trabajar en los archivos bogotanos durante sus vacaciones. Sus trabajos fueron escritos mientras dictaba tres cursos y ocupaba alguna función administrativa. Las veces que tuvo asistentes, los escogió bien y se abrieron camino: fueron Darío Fajardo, Augusto Gómez y Pablo Rodríguez, todos académicos reconocidos. De esos años son sus libros más nota-

bles; *Popayán, una sociedad esclavista; Cali: terratenientes, mineros y comerciantes; Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública y Las convenciones contra la cultura.*

Después de Braudel y Borah, que influyeron su obra inicial, se sintió atraído por autores, viejos y nuevos, que le ofrecían miradas novedosas sobre los problemas históricos. Nunca se sintió a gusto con Althusser o Foucault, pero se fascinó con Cristaller y su teoría del "lugar central", con Panowsky y sus estudios iconográficos, con la "metahistoria" de White, con los análisis literarios de Norton Frye, con Clifford Geertz y su "thick description". Sus nuevos trabajos iban en esas nuevas direcciones: propuso hace tres o cuatro años una historia del poblamiento colombiano, apoyada en Cristaller, aunque luego abandonó este plan, retomado por otros historiadores. Estaba escribiendo, al morir, una *Historia de Bogotá*, su ciudad natal, insatisfecho con lo que consideraba el gran desperdicio de información de las historias publicadas con ocasión de los 450 años. Además estaba reelaborando los dos tomos de su clásica *Historia Económica y Social de Colombia*, para actualizarla y darle una estructura mejor balanceada.

Sin hobbies ni gustos deportivos, dedicaba mucho tiempo a la lectura voraz de novelas, de grandes autores pero también de la serie negra o de detectives. El cine era otra de sus aficiones, y me parece que nunca vio un programa de televisión. Le encantaban la conversación, en la que desplegaba una ironía y una mordacidad muy bogotanas, los viajes al exterior —fue profesor invitado en las Universidades de Cambridge y Colum-

bia e iba con frecuencia a simposios y congresos—, la buena comida y el buen vino, y hacía cierto alarde de su sibaritismo, pero en realidad su vida fue extraordinariamente austera, dedicada exclusivamente al trabajo, a la lectura, a su familia y a sus amigos.

Vivió con valor, con dignidad y con un humor indeclinable su última enfermedad, como todas las cosas de su vida. La última vez que hablé con él, ya en sus últimos días aunque todavía capaz de hacer chistes sobre su situación, se refirió sobre todo a sus amigos: "hemos hecho juntos muchas cosas que van a quedar: esa es la única manera de crear espíritu".

JORGE ORLANDO MELO

Concurso Ospinas y Cía. Premio a la mejor tesis de arquitectura sobre patrimonio inmueble colombiano

1. Objetivos

Generales

- Incentivar a los estudiantes de arquitectura a trabajar la problemática del patrimonio cultural inmueble y urbano.
- Propiciar el análisis y la investigación rigurosa en los campos teóricos

analíticos e históricos como sustento de proyectos arquitectónicos.

Específico

- Otorgar un reconocimiento a la mejor tesis o proyecto de grado sobre análisis e intervención en áreas de interés patrimonial.

2. Participantes

Estudiantes de Facultades de Arquitectura del país que estén realizando, o concluyendo su tesis o proyecto de grado durante el primer semestre del año 1990 cuyo tema sea del patrimonio inmueble.

3. Requisitos para la presentación del proyecto

A. La tesis o proyecto de grado deberá abordar el tema de la valoración y protección del patrimonio inmueble colombiano en cualquiera de los siguientes campos: investigación, análisis urbano, análisis arquitectónico o proyectos de restauración, remodelación y reciclaje.

B. Es requisito indispensable una sustentación teórica (histórica) del proyecto o tema seleccionado.

C. Cada proyecto podrá presentarse en un máximo de 5 planchas de 1.00 X 0.70 mts y un documento resumen escrito de 20 páginas a máquina doble espacio.

D. Una certificación otorgada por la Facultad correspondiente, incluyendo el tema del proyecto.

4. Selección

Cada Facultad seleccionará, de acuerdo con los requisitos del concurso, un máximo de 5 tesis o proyectos de grado referidos al tema en cuestión. El decano de la Facultad respectiva deberá inscribir los proyectos (y nombres de los candidatos) seleccionados en la Subdirección General de Colcultura, Patrimonio Cultural mediante una comunicación escrita.

5. El Jurado

Estará conformado por:

La Directora del Instituto Colombiano de Cultura —Colcultura— o su delegado.

